

PRÓLOGO: LA BÚSQUEDA

El tema de la búsqueda es antiguo. En muchas de sus versiones es la búsqueda de un objeto precioso con propiedades mágicas: el Vellocino de Oro, el Santo Grial, el Elíxir de la Vida. El objeto precioso, en la mayor parte de las historias, resulta esquivo o, cuando finalmente se encuentra, comporta una desilusión. Jasón consiguió el Vellocino de Oro con la ayuda de Medea quien traicionó a su padre; sin embargo, el matrimonio de Jasón y Medea no estuvo libre de problemas. Jasón traicionó a Medea por otra princesa, y Medea se vengó, matando a la nueva amante de Jasón y a sus propios hijos.

Hace cincuenta años, al término de la Segunda Guerra Mundial, los economistas comenzamos nuestra propia búsqueda en pos de la fórmula para que los países pobres del trópico pudieran llegar a ser tan ricos como los países ricos de Europa y América del Norte. Nos motivó en la búsqueda constatar el sufrimiento de los pobres y las comodidades de los ricos. Si nuestra ambiciosa búsqueda acabase teniendo éxito, sería uno de los triunfos intelectuales más grandes de la humanidad.

Tal como los aventureros de antaño, los economistas hemos tratado de dar con el objeto precioso, la clave que permita a los pobres del trópico escapar a sus padecimientos. En diversas ocasiones creímos haber encontrado el elíxir. Los objetos preciosos que ofrecimos, desde la ayuda exterior hasta la inversión en maquinaria, desde promover la educación hasta controlar el crecimiento de la población, desde conceder préstamos condicionados a determinadas reformas hasta renegociar la deuda en términos más favorables. Ninguno de ellos ha dado los resultados prometidos.

Los países pobres que hemos tratado con estos remedios no lograron el crecimiento que esperábamos. La región que recibió el tratamiento más intensivo, el África Subsahariana, no ha crecido nada. América Latina y el Oriente Próximo crecieron por un tiempo para luego desplomarse durante las décadas de 1980 y 1990. Asia del Sur, otro receptor de los cuidados intensivos de los economistas, ha experimentado un crecimiento errático que la mantiene como albergue de una enorme parte de los pobres del mundo. Y más recientemente, Asia Oriental, el brillante éxito tan celebrado, tuvo su propia caída del crecimiento (de la cual

algunos de los países, pero no todos, se recuperan ahora). También hemos tratado de aplicar algunos de los remedios tropicales fuera del trópico, a los países del antiguo bloque comunista, con resultados fallidos.

Así como las pretensiones de quienes clamaron haber encontrado el elixir de la vida resultaron fútiles, los economistas también hemos propuesto con demasiada frecuencia fórmulas que violan un principio básico de la economía. El problema no ha sido que fallara la ciencia económica, sino que en las políticas económicas propuestas se ignoraron algunos de los principios de la economía. ¿A qué principio básico de la economía me refiero? En palabras de un anciano erudito, “la gente hace aquello para lo cual le pagan; aquello para lo cual no le pagan, no lo hace”. Un magnífico libro de Steven Landsburg, *The Armchair Economist* destila el principio más concisamente: “La gente responde a los incentivos, lo demás es nota a pie de página”.

Los economistas hemos investigado durante las últimas dos décadas cómo el crecimiento económico responde a los incentivos. Hemos analizado con detalle la manera cómo la empresa privada y los individuos responden a los incentivos, cómo los gobernantes responden a los incentivos, e incluso cómo los donantes de ayudas responden a los incentivos. Estas investigaciones ponen de manifiesto que el crecimiento económico de una sociedad no siempre sirve los intereses individuales de gobernantes, donantes, empresas u hogares. Con frecuencia, los incentivos llevan a todos ellos hacia direcciones improductivas. Esta investigación esclarece, habiéndose beneficiado de poder tener una visión retrospectiva, lo lamentablemente mal orientadas que resultaron estar las panaceas propuestas —algunas de las cuales siguen vigentes— para el crecimiento económico del trópico.

Para que la gente encuentre la forma de pasar de la pobreza a la riqueza debemos siempre tener presente que la gente hace aquello para lo cual le pagan. Si cumplimos con el deber de garantizar que la trinidad compuesta por los donantes del Primer Mundo, los Gobiernos del Tercer Mundo y los ciudadanos del Tercer Mundo, tenga los incentivos correctos, el desarrollo económico tendrá lugar. Si no los tiene, no ocurrirá. Veremos que frecuentemente la trinidad no ha tenido los incentivos correctos, aplicándose fórmulas que violaban este principio básico de la economía, de modo que el crecimiento esperado no ha tenido lugar.

Esta es una historia triste, pero una en la cual asoma un atisbo de esperanza. Tenemos actualmente suficiente evidencia estadística para entender por qué las panaceas fallaron y cómo políticas económicas fundamentadas en ofrecer los incentivos adecuados pueden funcionar. Con los incentivos adecuados los países pueden cambiar e iniciar el camino de la prosperidad. Aunque no será fácil que esto ocurra puesto que no lo es dar con los incentivos adecuados. Veremos cómo los incentivos de donantes, Gobiernos y ciudadanos se entrelazan hasta formar una compleja red difícil de desmadejar.

Peor aún, existe actualmente una creciente frustración con nuestros fracasos. Manifestantes desde Seattle hasta Génova piden que se abandone del todo la búsqueda de una solución. Esto sería un error. Mientras haya naciones pobres que sufren enfermedades, opresión y hambre, como lo describo en la primera parte del libro, y mientras el esfuerzo del intelecto humano pueda concebir formas para reducir su miseria, la búsqueda debe seguir.

Tengo cuatro observaciones para hacer antes de comenzar. En primer lugar, lo que digo aquí es mi opinión personal y no la del que hasta hace poco fue mi empleador, el Banco Mundial. Ocasionalmente soy crítico de lo que el Banco ha hecho en el pasado. Una cosa que admiro del Banco Mundial es que alienta la presencia de tábanos como yo para que ejerciten su libertad intelectual, y que no coarta el debate interno sobre sus políticas económicas.

En segundo lugar, no voy a hablar sobre el medio ambiente. Traté de hacerlo en versiones iniciales de este libro, pero encontré que no podía decir nada interesante. La forma como el crecimiento afecta al medio ambiente es un asunto muy debatido, pero esto sería objeto de un libro diferente. La mayor parte de los economistas cree que cualquier efecto negativo del crecimiento sobre el medio ambiente puede mitigarse con políticas ambientales sensatas como, por ejemplo, hacer que los contaminadores paguen los costes de sus efectos nocivos sobre el bienestar humano, de modo que no se tenga que llegar a detener el crecimiento económico para preservar el medio ambiente. Esto es lo mejor, porque parar el crecimiento económico sería una pésima noticia para los pobres del mundo, como veremos en el primer capítulo.

En tercer lugar, no pretendo presentar un panorama general de toda la investigación sobre crecimiento que los economistas han hecho en los últimos tiempos, y que se ha inspirado en los trabajos del profesor Paul Romer de la Stanford Business School y del premio Nobel Robert Lucas. Aunque no hay aún consenso sobre algunos aspectos del debate, pienso que la evidencia sobre otros es decisiva. Trato de seguir el hilo de las investigaciones directamente relacionadas con los esfuerzos de los economistas por comprender cómo hacer más ricos a los países pobres del trópico.

Cuarto, voy a insertar instantáneas de la vida cotidiana del tercer mundo, interludios, entre los capítulos para que recordemos que tras la búsqueda del crecimiento están las dichas y desdichas de gente real, la razón de ser de esta búsqueda.